



FERROL.—CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

A CUATRO BAJO CERO.

CARTA A MI AMIGO D. PEDRO E...

Amigo mío: el hombre siempre es el hombre; pero no siempre es el mismo hombre, como no siempre se viste del mismo modo, ni vive de la misma manera. Su estado depende del que tiene su estómago, conforme al sentir de Alejandro Dumas, gran conocedor y profundo maestro; pero no con arreglo al mío. Podrá ser una circunstancia, una concausa; pero no la única, la exclusiva; y en mí tengo ahora la prueba de hecho de lo contrario; mis fuerzas digestivas no han sufrido alteración mucho tiempo hace, ni he menester en este momento repararlas, y sin embargo de empeñarme en que la risa asome á mis labios, en que los chistes salten á borbotones por este papel, la risa no se asoma, los chistes no quieren abandonar el angosto chirivital que ocupan en mi cerebro. Y la desdicha no me abruma, ni nubla mi frente el mas negro presentimiento, y estoy al lado de mis amigos, y veo próximo el día en que se realice la dulce esperanza de tenerle á V. cerca y departir en santa paz sobre la política y la moda, el comercio y el amor, las ciencias y la gastronomía, las muchachas y los vencejos; pero nada, el esplen me ha acometido, y aunque recuerde su carta de V. y mi antecedente, no puedo dar en el resorte de la alegría. ¿En qué consistirá si el estómago no es el único móvil de nuestro buen humor? ¿Quiere V. que le fastidie con un largo discurso fisiológico sobre la investigación de tal fenómeno? Allí vá, con su beneplácito ó sin él. La bilis me rebosa, y tengo que darle desahogo, probándole á V. que ni la predisposición del ánimo depende del estómago como afirma Dumas, ni el estilo es el hombre como asienta Buffon, deduciendo la razón porque no puedo escribir á V. con tono festivo y maleante.

Si la humanidad no tuviera mas que un tipo, bello, correcto, inmejorable, el *Apolo de Belvedere* por ejemplo, ¿sería mas hermosa, mas perfecta? No. Su igualdad la abrumaría, su belleza dejaría de

serlo, se acababan las comparaciones y el análisis; y no solo serían inútiles para el hombre las percepciones de sus sentidos, sino los juicios de la razón. En el fondo, el ser humano es el mismo esencial; pero en la forma es tan vario, que casi no puede abarcar nuestra imaginación sus diversidades. Y los accidentes de su conformación cambian por necesidad la índole de sus pensamientos; y así como el ciego y el sordo sentirán de otro modo que yo, si es que las tienen, las ideas del color y del sonido, así también el linfático medita y juzga de distinta manera que el bilioso, este de un modo diferente que el sanguíneo. La complexión atlética del escita, la vigorosa y ágil del hijo del desierto, la raquítica y miserable del japon, no pueden dar los mismos resultados ni físicos ni morales, de la manera que los cañones de un órgano, sin dejar de pertenecer á un mismo género, no producen todos el mismo sonido. Es pues evidente que una gran parte de nuestra inclinación á pensar ú obrar de este ó aquel modo proviene de nuestra raza, de nuestra constitución, de nuestra fisonomía y de nuestras buenas ó malas cualidades. Los arenales ardientes de la Arabia, el calor continuo de la Oceania, las brumas perennes del Septentrion, la naturaleza salvaje y la cultivada, la gigante palmera y la añosa encina, ¿cómo han de herir lo mismo nuestro ánimo? Luego el clima y las condiciones de suelo en que vivimos nos dan elementos distintos que hacen producir indefectiblemente distintas consecuencias. La vista constante de un amado pueblo y de sus astrosos vecinos, la sempiterna conversación sobre chismes de familia, y las abundantes ó escasas cosechas, no pueden preparar el ánimo de modo que el bullicioso teatro de una corte siempre animada, siempre grande, siempre diabólica; como la pérdida de la última oveja de su aprisco no lleva al pastor el desesperado trance de concluir con su existencia, y lo haría el jugador que perdiese al levantar una carta la mitad de su cuantiosa fortuna, ó el disoluto dandy abandonado por una impura cortesana. ¿Y ha de compararse la irritación cerebral, resultado de una vida crapulosa, con la sana paz y admirable calma del que arregla al mismo tiempo sus costumbres y su reloj?

Pues si todas estas cosas, que no son indudablemente el estómago

26 DE FEBRERO DE 1854.

ni tienen que ver con él, diversifican las condiciones del hombre, no habrá otras muchas que hagan cambiar cien veces al día de rumbo y de tono á una persona determinada? ¡Cuánto no influye la estación!

Viene la primavera con sus gayas flores y sus vivas mariposas; el ruiseñor, atalaya del día, desde un alto ciprés anuncia su llegada; la naturaleza sonríe por doquiera, y dejando el mullido lecho van los tiernos amantes á encontrarse en el bosque, llamados por una voz interna que los cita á contemplar la creación, y á oír cantar entre las hojas de los árboles en concertados trinos á los inocentes pajarillos, *amor y felicidad*. Ved cuán castos son sus entretenimientos. Ved el afán con que el mancebo escoge las mas bellas rosas, y teje una guirnalda para su amada! ¡Ved cómo esta le devuelve en cambio un hermoso tulipán vivificado antes en su seno virginal! ¡Cómo entrelazan sus manos, y comienzan una sencilla danza al compás de los espontáneos cantos de las avejillas, y en pasos no aprendidos en las escuelas! ¡Cómo se repiten sus juramentos, y se despiden hasta la vecina tarde, enviándose con el aura amorosos besos! El sol dora las cumbres y espárese un bello tinte purpúreo sobre los verdes prados, cuando nuestros amantes vuelven á encontrarse. Dejan de oírse á poco los gorgoros del colorín; todo se halla en reposo, y el astro del día, no queriendo presenciar la caída del ángel de la inocencia, oculta su semblante y se sumerge en lo profundo del Océano. Sucédele la luna pálida como la hermosura sellada del pecado; y contempla con secreto regocijo la huida de la primavera, y con ella el verdor de los árboles. ¡Cuán ameno no será lo que diga nuestro mancebo! Cómo no retratará el calor que corre por sus venas, dulcificado por los encantos de la estación! ¡Qué gracia, qué soltura, qué candor no habrá en sus palabras? Tan inocente, tan bella y tan juguetona es esa literatura de Grecia y del Lacio, nacida en vernaes climas, con toda la lozanía y con toda la fragancia del aroma de sus flores.

Pero el verano llega, y Apolo lleno de ira por la perfidia del hombre protegida por su hermana, vuelve amarillas las hojas, y abrasa al mundo tendiendo en él su rubia cabellera.

El semblante de nuestro héroe cambia. Su mirada es mas fija, pero menos animada; sus contornos mas puros, pero mas secos; sus labios mas dilatados, pero menos hermosos; mas tendido su cabello, mas membrudos sus brazos y mas pálido su rostro. Ya no asoma en él a infantil sonrisa, sino la carcajada sardónica; ya no baña su semblante en abundosas lágrimas, sino que humedece en sangre su ardiente pupila; ya no acaricia su delgado bozo, sino deja crecer con desaliño su barba rispida y ensortijada. Le abrasa la atmósfera de un riguroso estío; sus poros, abiertos siempre, aniquilan sus fuerzas; el aire caliente de la noche le destierra el sueño; su imaginación se arde, su cuerpo se revuelve sin descanso, la sed le quema, y oye desesperado la monótona campana del reloj, anunciándole que no siempre corre el tiempo tan veloz como se quiere. Ya no halla encantos en la hermosura, triste como él y pronta á agostarse como las espigas de la campiña cercana, que esperan la segur del labrador y la clausura de los graneros. Cuando tome la pluma el hombre que así sufre, ¡qué gracia no fluirá por sus renglones! Si ríe, sembrará su risa á la producida por el titilante contacto de ajena mano; si canta, sus versos, llenos de fuego en su primera expresión, acabarán desmayados y duros en sus retostados labios; su llanto se secará antes de brotar; su voz ponderosa caerá sin vida á impulsos del hacha del rendimiento, manejada por la hercúlea fuerza del calor. Su vida se convierte en un delirio, su amor en un desordenado apetito; sus palabras son un enigma envuelto en grandilocuentes frases, que con el aire que despiden parece quieren refrescar los contornos. Por eso la literatura del Oriente es enigmática y profética, por eso seca y sin empaste, por eso grande y estensa como sus desiertos.

Ya están atrojados unos frutos y prontos los lagares para la vendimia: ya se llenan las ánforas de delicioso néctar: ya se aprovechan las primeras aguas para una nueva sementera. El hombre sale de su letargo y hace los preparativos para la cruda temporada que le espera; pero en cambio si antes le cansaron los interminables días del verano, ahora le acongojan los cortos que han de venir. Su vida presente es buena, porque el tiempo es templado y está cogiendo los frutos de su trabajo, pero no le sonríe la esperanza; le entristece el próximo invierno; y entonces, recordando el martirio anterior y el cercano tormento contrastados por la dicha del día, su mirada se anima algunos instantes, alegre pero inquieta; su cuerpo ha perdido su fuerza; las impresiones de su alma han languidecido con la naturaleza; las aves de paso le anuncian abundante nieve; su cabello ha caído al mismo impulso que las hojas; los días van acortándose, y con ellos la vida. Entonces es burlon y cínico, chancero y maldiciente, satírico y chistoso; pero no puede ser divino porque no tiene esperanza; no es sublime y magnífico porque la naturaleza muere y no le presenta en sus cuadros sino esterilidad y cansancio. Hé aquí el retrato de todas las decadencias; Luciano, Juvenal y Quevedo, son las personificaciones del otoño de los pueblos.

La nieve cae y los hielos se suceden; el hombre busca en el calor de la lumbre el que falta en sus yertos miembros: abandona los campos, y arrimado á la chimenea, contrae su cuerpo para ocupar menos espacio por miedo del frío. A la tristeza del día sucede la lóbrega noche con su imponente silencio, interrumpido tan solo por el soplo del vendabal y el triste compás de una copiosa lluvia. Entonces no hay mas allá: ha sonado la hora. Unos frutos se han consumido; los otros estan en la tierra, y no nacerán sino después que él falte. El silencio y la soledad reviven en su ánimo las sombras de lo que fué con sobrenaturales proporciones y con misteriosos arreos. El crugir de la verde leña que se quema, le representa el llanto del tierno piquetuelo, arrebatado al mundo en el albor de su mañana; el aire que silba al penetrar por los resquicios de sus puertas, le trae con fúnebre atavío los tristes suspiros de la mujer que abandonó; la oscilación del pavimento y el ruido de los muebles que se chocan, ¡cuántos lances bulliciosos, cuántas impuras bacanales, cuánta fraguada conspiración, cuánto desorden, cuánto crimen espantoso! Nada tiene ya realidad; todo es fantasía, todo memoria, cuyos arsenales se abren entonces de par en par; pero todo es gigantesco, todo oscuro y vago. Porque aquellas flores no tienen aroma, aquel calor no quema, aquella doncella es un espectro, aquellos gemidos ilusión, aquella naturaleza un cadáver. Por estos campos se paseaban la imaginación de Goethe y el ingenio de Schiller para crear sus fantásticas concepciones. Esta es la literatura del Norte.

Si, muy bien, me dirá V.: todo está muy bueno; ¿pero qué tiene que ver con mi carta? ¿qué me importa nada de eso? Pues, amigo mío, se ha equivocado V., porque ahora precisamente es cuando estamos de lleno en el asunto. Y si no, dígame: ¿no le parece probado que es falso lo que dice Alejandro Dumas, y que hay muchas cosas que influyen en nuestro buen ó mal talante, y que no es de las menores la estación? Pues vea V. descifrando el enigma. Mi carta anterior estaba escrita en otoño y era alegre; esta es invernal, y así no estrañe que sea fría y atrabiliaria. Amigo, el frío tiene la culpa. Porque voy á escribir; y como lo presente nada vale y lo porvenir lo encubren las nieves y las escarchas, recorro á lo pasado. ¡Lo pasado! ¡cuán triste es siempre lo pasado! Verdad que no estoy en el invierno de mi vida: pero el de la naturaleza es bastante á evocar estos recuerdos acalorados por la ardiente fantasía de la juventud, que es como si dijéramos la lumbre que calienta mis yertos miembros. ¿Y qué recuerdos puede tener la juventud que le entristezcan? dirá V. Ciertamente no serán los que pueda aumentar una larga y angustiosa vida; pero aun hay bastantes para llorar en la cruda estación, y estan muy frescos, y aun duelen la herida al levantar el apósito. ¿Pero de qué, si la vida empieza, puede haber tristes memorias? ¡Ah! Pues qué, los dos móviles de la adolescencia, la ambición y el amor, no pueden ya haber trazado en la frente una temprana arruga, y en las órbitas de los ojos el círculo morado del dolor? Desgraciadamente sí. ¡La ambición! no sé si es peor tenerla ó despreciarla. Porque el que la tiene, vive con ella, con ella se alimenta, mantiene su esperanza, y siquiera sea desgraciado en sus empresas, el deseo sustenta la ilusión, que es la vida, y al fin vive. Pero el que la desprecia no tiene esperanza, se encierra en un estrecho ámbito; se anonada y perece. No crea V. que la desprecie por instinto, no; y esto es lo peor. La odia porque ha asistido desde el primer día á la comedia del mundo entre los bastidores; ha visto á los histriones en el vestuario; sabe qué son aquellos juguetes ópticos de las decoraciones y de las luces de gas; conoce la tela de los vestidos y la falsedad de las joyas; no ha tenido la dicha de ver la representación lejos del escenario hasta que ha conocido su mecanismo, y no ha nacido en él la poesía y el entusiasmo que producen las bellas situaciones dramáticas de la farsa social. Esta es la memoria de mi ambición.

El amor! lo mismo sucede con el amor. ¡Cuántos encantos no tiene el primero y casto cariño de un joven! ¡De qué poesía no se reviste cuanto le rodea! La esperanza de otro día le mantiene vivo en el presente; aspira el aroma de la flor apenas abre su capullo, y su pasión virginal encuentra un eco que le repita sus acentos melódicos. Si algun día la esperanza se frustra, la flor se marchita ó otro la arranca, ¡quién quita al menos la grata memoria de su primer delirio? Pero el que antes que naciera la pasión vió satisfecho el apetito; el que solo ha respirado el hálito enfermo de la ajada rosa, secas sus hojas, troncado su tallo, ¿dónde vió jamás la poesía y los encantos del cariño? El que empleara por su funesto destino sus primeras caricias en la inmundada prostituta, ¿cómo podrá nunca comprender la belleza y la inocencia de la primera palabra ardiente de la doncella pudorosa? Su aliento ha de empañar su frescura; sus palabras envenenarán su pensamiento; su contacto matará su pureza. Pues estos y otros peores de que no hablo por no cansarle, son los recuerdos que me regala el frío. Cree V. que son capaces de excitar mi hilaridad ni la suya? Vea pues escusado mi mal genio y el estilo de mi epístola.

Ruégueme á Dios ó al demonio que venga pronto la primavera, y

V. con ella, que sus tranquilos días darán paz á mi alma, consuelo á mi cuerpo, gracia á mis labios y vena á mi pluma, y estará V. contento y yo no menos.

Suyo, etc.

F. DE PAULA SEIJAS.

Madrid 8 de diciembre de 1855.

EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTORICA

(Conclusion.)

Acertó á cruzar por allí una mujer, y corri á su encuentro, cual si tuviera la convicción de que abrazaba á una leal y cariñosa amiga.

—¡Socorro! favor!... Compadeced de mí!...

—Doña Isabel, ¿sois vos?

—¡Laura! ¡Laura! ¡algun ángel te condujo por este sitio!!!

Abrazó á su antigua doncella, olvidando en aquel momento las sospechas del misterioso aviso del jardín comunicado por el paje.

Tal era su aflicción, que hasta su mismo hermano le hubiera parecido un libertador edviado por el Eterno.

—Nada sospechéis de mí... perdonadme... señora, he sido culpable! Venid conmigo y abrazaréis á Manrique!

Detúvose á reflexionar, y apenas podía creer lo que aseguraba su arrepentida doncella. No obstante, fueron tantos los ruegos y seguridades, que consintió en seguirla.

Silvio y Ruiz no esperaban á Doña Isabel en aquella noche, y meditaban un castigo para la vieja devota cuando llegaran las dos; su alegría fué estremada, impacientándose por la tardanza de Manrique.

Pasemos á Palacio, donde se encuentra el gallardo mancebo envaneido por las caricias de su venerable rey.

IX.

UN MISTERIO.

D. Alfonso veíase en una de esas transiciones de la vida profundas y desgarradoras, en las que el dolor enluta el sentimiento, y los corazones mas bien templados ceden á impulsos de una larga y ardiente pena.

Sonreía el sexagenario monarca en medio de sus vivos pesares, á la manera que un enfermo lanza una sonrisa de resignación dulce y tranquila en medio de su aflictivo estado, teniendo ante sus ojos la implacable y sañuda muerte.

Yo, decía el desconsolado rey, yo que he tenido por tributarios á seis reyes, de quien han sido vasallos otros tantos soberanos; yo que á fuerza de vigiliás y de penosos estudios he podido merecer un honroso concepto, en el día me veo desatendido, vilipendiado, y sin poder contar ni aun con el respeto de mis propios hijos!!!

Yo que armé caballeros, quedando sujetos á mi obediencia según las leyes á Rodolfo, emperador de Austria, á los reyes Eduardo de Inglaterra, Dionisio de Portugal, Aboaldile de Granada, al de Murcia, á los duques de Borgoña y de Lorena, al conde de Barcelona, y á multitud de soberanos, príncipes y guerreros, hoy me juzgo el mas infeliz de todos los hombres, el mas humilde de sus súbditos!

No hallo quien me preste un miserable auxilio... tan solo mis leales se villanos, y algunos aguerridos campeones sostienen mi vacilante trono! ¡Desdicha humana! ¡Dios sublime, Hacedor del mundo, permíteme esta desventura para abatir la vanidad de los soberbios y poderosos señores de la tierra!

¡Loado seáis mi Dios! Después de vuestra altísima sabiduría y vuestra misericordia solo me socorren y dan aliento los sosegados latidos de mi corazón! A cualquier parte que dirijo mis tristes ojos, únicamente veo enemistad, venganza, ingratitud y perfidia!!!

Positivamente la posición de D. Alfonso era penosa: el vulgo, sugerido por la nobleza, criticaba su afición á la astronomía, deduciendo las mas estrañas y estúpidas aseveraciones, tal como la de suponer «que tenía vendida el alma al demonio, que consultaba á los espíritus infernales, por lo cual, y en expiación de sus herejías, armaba Dios el brazo de su hijo para vengar tamaños é impíos ultrajes.»

Veía de frente numerosos adversarios, capitaneados por un hijo audaz, resuelto y emprendedor, que le declaraba la guerra, y sin un recurso ni persona de valimiento á quien volver los ojos.

Un recuerdo parece que instantáneamente reanimó su espíritu, y empezó á abrigar mas dulces y halagüeñas esperanzas.

Por desavenencias con el mismo rey hallábase en Fez D. Alonso

Perez de Guzman, y confiando en sus nobles sentimientos le reveló su estado lamentable, dirigiéndole una carta y su corona, para que la entregase al rey africano Aben Juzaf, en prueba de algunos socorros pecuniarios.

¡Contraste fatal! ¡Un rey, abandonado de sus hijos, verse en la dura é imperiosa necesidad de recurrir á un enemigo en demanda de protección y de consuelo!

La carta es un documento histórico notabilísimo, por el cual nos hacemos el deber de transcribirla, no dudando que interesará la atención de nuestros lectores.

Decía así:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman: la mia cuita es tan grande que como cayó de alto lugar se vera de lueñe: é como cayo en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo el sabran la mi desdicha, é de fincamiento, que en el mio hijo á sin razon me face tener una ayuda de los mios amigos y de los mios perlados, los cuales en lugar de meter paz, no á escuro, ni á encubiertas, sino claros metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, ni fallo amparador, nin valedor, non melo mereciendo allos, sino todó bien que yo fice: y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir e ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron nadie me tema en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios fijos son mis enemigos, non sera ende mal que yo tome á los mjs enemigos por fijos, enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el del buen Rey Aben Juzaf, que yo le amo é precio mucho por que el non me despreciara ni faluciera, ca es mi atre guado é mi apazguado: yo se cuanto sodes suyo, y cuanto vos ama, con quanta razon e quanto por vuestros consejos fará: non miredes á cosas pasadas sino á presentes. Catá quien sodes é del linaje donde venides e que en algun tiempo vos fare bien, é si lo vos no ficiefe, vuestro bien facer vos lo gardonaras: que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto el mio primo Alonso Perez de Guzman faced á tanto con el vuestro Señor y amigo mio que sobre la mia corona mas acerada que yo he, y piedras ricas que ende tal me preste lo que el por bien tubiere: é si la suya ayuda pudieredes allegar no me la estorvedes como yo ando que no faredes: antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro Señor á mi viniere sera por vuestra mano: y la de Dios sea con vosco. fecha en la mia sola ciudad de Sevilla á los 50 años de mi reinado y el 1.º de mis cuitas.»—El Rey.

Apenas concluyó de escribirla, anunciaron á Manrique, y tuvo una satisfacción el íntimo compañero de su malogrado hijo D. Fernando.

—Nunca mas á propósito que hoy, le dijo, pudieras presentarte: necesito del consuelo de los pocos amigos que me restan: olvida antes sin embargo los rigores que te hice sufrir contra los presentimientos de mi carácter, que pocas veces me engaña. Violenté mi espíritu para convencerme de que podías ser desleal á tu soberano: corre un velo á los recientes disgustos, pues ocasion te presentará muy presto mi desventura para probar tu fidelidad y bizarría peleando contra los enemigos de mi trono y la gloria de Castilla.

—Señor, la benevolencia de vuestro corazón magnánimo hace olvidar pasados disgustos y reveses en los que V. A. no tuvo parte alguna. Estoy suficientemente indemnizado con la acogida lisonjera que os debo, y dispénseme V. A. la honra de admitir nuevamente los mas seguros testimonios de mi lealtad, y el ardiente anhelo por deramar mi sangre en vuestra defensa.

—¡Bien, Manrique! Acepto gustoso tus sentimientos, aunque no tenia necesidad de nuevas protestas... Mira... y le enseñó la carta. —En cuanto reciba auxilio saldremos á campaña, y probaré al mundo que de nuestra parte se halla la razon, el honor, el respeto á Dios y la observancia de las leyes. Me basta un reducido número de bravos y aguerridos caballeros para contrarrestar y vencer á esas imponentes fuerzas de mi rebelde hijo.—Saldremos, si, al combate, pues el recuerdo de pasadas victorias hace renacer la energía en mi contristado pecho!

Hizo una breve pausa, y cual si saliese de un letargo, preguntó á Manrique, limpiándose el sudor de su venerable rostro:

—Ahora recuerdo. ¿Cómo es que nada me has dicho ni confiado de tus amores?

—Señor...

—Respeto cual se merece tu cariño y tu elección; es dama en verdad muy digna del pensamiento mas elevado y puro... Mas ¡infeliz! hallarás grandes obstáculos que vencer, y mucho temo no se realicen tus laudables designios mientras aliente su vengativa y orgullosa madre. Te aborrece desde la cuna; eres inculpable: naciste sin embargo con esa desventurada estrella. Medítalo bien; ya á nada procedas interin otra persona de mi orden no te comunique el resultado de ciertas indagaciones que ahora practica.

—Señor, si tuviérais la dignación...

—Manrique, es un misterio.

No se atrevió á insistir por respeto, y quedó pensativo hasta que el rey, para tranquilizarle, dióle esta esperanza.

—Así como te elevé de simple soldado á la consideración que hoy ostentas merecidamente, un día no lejano contribuiré quizá al logro de tus deseos.—La mujer traidora que te sepultó en un calabozo ha urdido el diabólico plan de hacer creer á mi hijo que voy á proclamarte sucesor al trono... Pluguiése á Dios que así como posees mi cariño pudieras ser también mi legítimo heredero... Esa mujer infernal, asociada al ambicioso D. Gonzalo, tiene jurado tu infortunio!... Los papeles cogidos á Carbajal son una prueba irrecusable de su triste realidad.

—¿Y no mereceré, señor, que me aclareis, si es posible, el origen de esa negra trama?

—Tu salvación exige mi reserva. Es un misterio.

El rey cambió repentinamente de asunto, y conversó un rato acerca de la campaña que disponía ó á que se aprestaba su hijo.

Manrique, agradecido á la generosidad del viejo carcelero, se creyó en el deber de hablar en su favor á D. Alfonso, y al efecto se insinuó de este modo:

—Antes que permitais me retire, perdonadme, señor, si me atrevo á recurrir á vuestra notoria piedad en obsequio de un hombre al que he debido cuando vos estabais decretándola mi ansiada libertad.

—Ese hombre, repuso el monarca, nada quiere; está contento. No sorprendeos: sé por quién hablas: por el carcelero: hace pocas horas que le he visto.

Entonces se convenció Manrique de lo manifestado por Ruiz, quien aseguraba haberle visto en la taberna combatiendo por él con bazarra, sin cuyo auxilio quizá no hubieran conseguido la victoria.

Esta circunstancia aumentó mas y mas su incertidumbre.

Después de saludar á D. Alfonso con las expresiones mas vivas y tiernas de gratitud, retiróse en busca del paje y de su criado sin poder lanzar de su mente aquella frase enigmática del rey. «Es un misterio.»

X.

EL CARTEL DE DESAFIO.

Cuatro ginetes caminaban silenciosamente en dirección á un pueblo distante una jornada de Sevilla al amanecer del siguiente día en que D. Diego tuvo la conferencia con D. Alfonso.

Iban dos de vanguardia á unos cuarenta pasos, pero en absoluto silencio, como quien teme ser asaltado por cautelosos y formidables enemigos.

El sol radiaba con toda magnificencia la purísima y consoladora luz, y nuestros viajeros, mas seguros tal vez por el sitio ó por la hora, dieron comienzo á narrar de esta manera, aunque sin perder la distancia que tomaron desde los muros de la ciudad.

—La esquisita delicadeza de mi amo es causa de ese viaje: con tal proceder tendrá la hermosa jóven una prueba mas de la sinceridad de sus intenciones.

—Merece mi asentimiento su caballerescas y noble conducta: de esta suerte nada tendrá que criticar su familia, cuyo orgullo no tiene límites.

—Hablando de otra cosa, ¿observais á un hombre que hará media hora atravesó el camino?

—Sí.

—Parece que nos miró.

—Puede; mas no reparé.

—He callado por no asustar á la señora; pero aqui para entre los dos, ese hombre es un espía: ¿te ries?

—Nadie nos ha visto.

—También me negásteis lo que aseguraba del carcelero.

—No es lo mismo.

—Ello dirá.

Un rostro encantador de mujer se trasladó á los primeros alhores de la mañana; el gallardo corcel que dirigía era sin duda conocedor de la preciosa joya que llevaba, según lo airoso de su continente, lo acompasado del juego de sus manos y lo erguido de su cabeza. No era menos bello y altivo el gentil caballero que á su izquierda caminaba.

—No vaciles, hermosa niña, exclamó el mancebo, tu honor lo exige: mi amor tiene derecho á demandarte este penoso sacrificio; mi abandono me sería la muerte. La fé que alienta mi corazón es tan pura como la espléndida luz que empieza á iluminarnos. Tu madre te rechaza; mi amor es tu único amparo. Cuando reciba la orden que espero, un lazo sagrado, las bendiciones de un sacerdote acallarán el escrúpulo de tu alma y las infundadas quejas de una familia insultante, de una familia que te arroja de su seno, de una madre cuya vanidad es nuestro verdugo.

—Yo seré dichosa en el mas humilde retiro con tu amparo y con

la ternura de tu pasión: desde allí bendeciré á mi familia, cuyos ultrajes perdono y cuya crueldad olvido.

—En ese proceder revelas que eres mas hidalga que los que te han tiranizado. No obstante, quizá llegue un día en que templen su injusto encono y nos admitan como hijos idolatrados. Yo, por no ofenderte, no me atrevo á odiarlos. Siento únicamente las ofensas que te han inferido: por mi parte les concedo también un perdón, aunque yo les deba un rencor inextinguible.

—¿Qué ventura si algun día nos acoge mi querellosa madre y olvida sus imprudentes enojos! ¡Qué felicidad la nuestra!

—El cielo escuchará tus candidas plegarias, y tal vez nos conceda ese porvenir risueño en que ahora deleitas tu virginal fantasía! pero... no llores: bastante has atribulado un corazón que solo debió sentir ternezas y placeres.

—¡Son lágrimas de alegría!!!

—¿Qué inocente! murmuró el caballero. Nos imaginamos que habrán conocido nuestros apreciables lectores á la angelical Doña Isabel, á Manrique, y en la pareja de vanguardia á Ruiz y á Silvio; mas ¿adónde caminan y qué objeto es el de su silencioso viaje?

D. Diego temía por la seguridad de su hermosa dama, é impulsado por un sentimiento de fina galantería, la rogó vivamente acelerase el término de sus esperanzas, y después de las mas ardientes súplicas, persuadióse la bella Isabel de que no había otro medio de salir honrosamente de una situación tan crítica y peligrosa que postrarse ante las sacrosantas aras.

Próximo al pueblo á que se dirigían habitaba un compañero de Manrique una pequeña fortaleza, en cuya capilla discurrió morir religiosamente con su hermosa, luego que el rey le comunicase sus órdenes, y hasta tanto vivir separado de ella en la confianza de que estaba con honra, segura y complacida.

A este fin dispuso la marcha que hemos descrito, y á las pocas horas encontráronse en el castillejo de su excelente amigo don Guillen de Vargas, uno de los que salieron á su defensa en la taberna del Renegado.

Su acogida fué extraordinariamente placentera, y tanto don Guillen como su familia se esmeraron en prodigarles los mas finos y agasajadores obsequios.

Quince días trascurrieron desde su llegada al castillo: Manrique saludaba á Isabel á cada momento. El rey en la misma reserva.

Las ventanas de la capilla, en cuyos vidrios de colores reflejaban los últimos rayos del sol, contemplaban Silvio y Ruiz desde las troneras de un torreón, cuando sintieron á las puertas del castillo las espuelas de un caballero que preguntó con inquietud por Manrique.

Bajó en seguida Ruiz, y sin alzarse la visera le entregó un pliego para su amo.

El desconocido salió precipitadamente: cuantos le vieron se imaginaron fuese la suspirada orden del rey.

Instantáneamente cundió la nueva, y el júbilo rebosaba en todos los habitantes del castillo.

El leal escudero sin embargo sintió una triste corazonada, y antes de poner el billete en manos de D. Diego, le dijo á Silvio:

—Hiciste mal en despedir á Laura... pese á mi vida si este recado no tiene alguna relación con ella!!

—Mi honradez, repuso el paje, no podía tolerar que viniese con nosotros la que había sido causa de tantas desventuras. Puede dar gracias al cielo de no haber sufrido el castigo que merecía. Por lo demás, ignoro vuestro paradero, y á estas horas se hallará entre su familia.

Con reserva llamó Ruiz á Manrique, y entrególe el pliego. Pasa la vista, y observa el criado que se le inmuta el semblante... mas no de temor y sí de terrible enojo... ¡luz del infierno! en lugar de la orden del rey, es un reto ó un cartel de desafío!!!

—¿Quién, señor? atrevióse á preguntarle Ruiz.

—El hermano de Isabel!

—¡Voto al diablo! prorumpió el escudero.

Disimula cuanto sea posible... ocultemos el mensaje hasta al mismo D. Guillen; cundamos la novedad de que me llama urgentemente el Soberano.

—Soy de parecer...

—El mio es de acudir á la cita.

—Yo le despreciaba.

—Yo voy á probarle que no le temo.

—Señor, si vuesa merced quisiera que yo fuese... y...

—Cumple á mi dignidad el advertirle el próximo enlace con su hermana, el decoro que la rodea, y quizás el insensato... Pero si no, vengaré con la lanza tan incesantes como injustos desafueros. Oye el cartel que me envía.

«Diego Manrique: si eres lo que blasonas, acude solo á caballo y con lanza al cerco ó retamar, á cuyo sitio dentro de media hora te

reta á duelo á muerte, quien si no asistes publicará tu deshonra y villana cobardía.

RICARCO CASTRO DE LARA.

Hizo un violento esfuerzo al dar parte á D. Guillen, y acompañado de su escudero partió á galope al sitio donde le aguardaba el alevoso é imprudente hermano de su prometida esposa.

Sonreía esta con los obsequios de sus ilustres patronos, y con el aparente objeto de su repentino viaje quedó tranquila y alborozada.

D. Diego corrió enardecido de ira, y Ruiz lleno de horribles sospechas, cuando disponia los caballos le preguntó Silvio:

—¿Qué trajo el mensajero?

—Asuntos del rey.

La contestacion fué tan fria y melancólica, que el paje, á pesar de las lisonjeras noticias que se propalaban en el castillo, sospechó un resultado funesto.

XI.

EL PORTERO DE UNAS MONJAS.

Diez años después de estos sucesos llegó á cierto lugarcillo de Castilla una cabalgata de elegantes damas y caballeros, de paso á Toledo, en ocasion de celebrarse una fiesta fúnebre en un monasterio de religiosas.

El lúgubre y acompasado plañido de las campanas, las sonoras voces de los sacerdotes y el cántico de las vírgenes del Señor escitaron



(San Tropez.)

poderosamente la curiosidad de los viajeros, quienes se apearon y fueron con digna compostura á enterarse de la funcion dentro de la misma iglesia.

Hallábase profusamente iluminada; ricas colgaduras cubrian sus paredes, y olorosas nubes de incienso vagaban en el sagrado recinto, despidiendo tambien suaves perfumes las bellas flores que brillaban en los altares.

Llamó todavia mas su atencion una capilla de órden gótico, con puerta de hierro, rica de luz y de aromas, que ostentaba á la izquierda de su único altar un sarcófago de piedra de mármol, esculpido en su parte superior el cuerpo de un hombre de armas, y cuyo nombre, sin otros pormenores, leíase al pié de aquel grande sepulcro.

Esta era la inscripcion

DIEGO DE ROJAS
GUARDIA DEL REY D. ALFONSO X.

Oraron los viajeros, encantados de la dulce armonia de las vírgenes, y salieron de la iglesia; mas deseosos de saber el objeto de aquella funcion, dirigiéronse á la porteria, en donde descansaba un hermano lego, de luenga barba canosa y de un aspecto grave y altivo.

Levantóse para salir á su encuentro, y les brindó á tomar asiento. —Lo que únicamente deseamos, advirtió el mas distinguido por su traje y sus maneras, es que os sirvais decirnos á qué se refiere la fú-

nebre ceremonia, y si por ventura es el aniversario del que reposa en la capilla, y del cual he oído narrar cuentos extraños y soberbios lances.

El hombre, un tanto conmovido, espúsole nuestra misma historia; mas Vds., carísimos lectores, que ignoran su desenlace ó conclusion, tengan la indulgencia de escucharla tal y segun la refirió el anciano portero de las religiosas.

«El criado quedó oculto tras un montecillo, y D. Diego partió solo al sitio señalado para el combate.

Con fiero orgullo esperaba allí el de Lara.

Habian trascurrido breves minutos, cuando Manrique, tan bizarro y victorioso en la vega de Granada y en mil lances y desafíos, tiró un golpe á su adversario, hiriéndole en el costado derecho; mas se hizo fuerte y se mantuvo á caballo, en la confianza de ser traidoramente socorrido.

En efecto, salen con prontitud del bosque tres hombres, y arrojándose cual fieras sanguinarias sobre el valeroso D. Diego, que á pesar de la desventaja siguió batiéndose como un gigante, y dando la muerte á uno de sus asesinos.

Perdió el caballo: su escudero, al ver tamaña alevosia, corrió á su defensa, y aun llegó á tiempo de vengar la vida de su querido amo.

Llega, y sacudiendo tajos y reveses derribó á otro de los infames agresores, huyendo en seguida por la espesura D. Ricardo y el último de sus villanos compañeros.

A este tiempo asomó un hombre á rienda suelta, y pasó en la ocasión en que el criado levantaba el cuerpo de Manrique.

Bájase y le colma de lágrimas y caricias; era el sombrío carcelero; Ruiz le deja en cuidado sorprendido de aquella aparicion, y escapa tras el hermano de Doña Isabel.

Seria media noche, cuando desagrado y próximo á espirar hallábase el infeliz Manrique en el miserable lecho de un labrador, á su cabecera el carcelero que le referia esta breve historia.

Diego de Rojas y yo salimos de Valladolid, y nos unimos al rey D. Alfonso, cuando todavía el Infante fué de orden de su padre al sitio de Murcia.

Diego se manifestó al momento uno de los mas bravos campeones de la cristiandad: su arrojo era increíble; le confiaron comisiones muy arriesgadas, y las desempeñó con celo y valentia. Su presencia era hermosa y sus modales dulces y risueños; su fama cundió por las ciudades.

Habia en Sevilla dos bellas hermanas, Doña Leonor y Doña Inés de Castro: ambas se enamoraron de Rojas; por la primera sintió el valiente soldado, después guardia del rey, ora en el palacio, ora en las tiendas de campaña, una ardiente pasion. Su hermana, celosa é iracunda, lo reveló á sus padres. La bella jóven desaparecia para siempre de su casa. Un año después nació un niño: su padre moria combatiendo contra seis árabes en la vega de Granada casi á la misma hora.

Fué bautizado secretamente, y se le puso Diego, y por segundo apellido el de un bizarro capitán, D. Ramiro Manrique, protector y jefe de Rojas.

Hé aquí tu origen: debes la existencia á uno de los hombres del pueblo, á un simple soldado, pero á uno de los mas valerosos que han existido después del Cid.

Doña Leonor hizo testamento, y te reconoció por su legítimo hijo, legándote bienes inmensos que Doña Inés tenia asegurados para Ricardo.

Hé aquí el origen de la persecucion de tan diabólica mujer; tu padre me salvó la vida; yo he procurado salvar la tuya... mas no lo he conseguido!!!

—¡Maldicion á mi estrella! exclamó con voz trémula el moribundo D. Diego. En el mismo instante se presenta Ruiz, y dice; «ved aquí la cabeza de vuestro asesino!» y arrojó por la estancia la de Ricardo!!!

D. Diego tenia una mano entre las del carcelero, y alargando la otra á Ruiz, exclamó: ¡Dios premie tu lealtad! ¡Saluda en mi nombre al rey!... No abandones á Isabel.

Al concluir exhaló el último aliento.

Doña Isabel, extrañando la tardanza de su amante, no pudo reprimir su pena, y padeció un accidente de muchas horas. Largo tiempo estuvo la infeliz sumida en una especie de demencia, que solo el escudero podia afrontar por compasion, y en memoria de su inolvidable señor.

¿Y qué se hizo de la hermosa jóven? preguntó el mas autorizado de los viajeros.

Acabais de verla.

¿En dónde?

En el coro bajo, al frente de las religiosas: tiene unos treinta años, su estatura gentil y apuesta, el semblante pálido y divino como es celestial su alma; hoy es la gloria de la comunidad, por su dulzura, talentos y virtudes. Muerta su madre, distribuyó cuantiosos

intereses entre los pobres, y lo demás lo donó al monasterio, gastándose tambien muchísimo en consagrar una capilla á las cenizas de su amante, del que habeis visto el sepulcro, y cuyo décimo aniversario es el que hoy se celebra; el testamento de su madre autorizaba para ponerle su verdadero y primer apellido DIEGO DE ROJAS.

¿Y el paje?

Se ignora su estado; salió para Toledo á satisfacer una deuda de gratitud al compasivo molinero, á Santiago, y no se sabe cuál ha sido su suerte.

¿Murió D. Gonzalo?

Descubierta su infamia, fué despedido por D. Sancho: se restableció, y vive sin honor en un pueblo de Portugal. La deshonra es peor que la muerte.

Pero el leal y valiente Ruiz sobrevivió á la catástrofe. No abandonó á Doña Isabel: cumplió el último encargo de D. Diego. Vedle aquí; es el que tiene el honor de hablaros.

Ciertamente Ruiz, el bravo Ruiz, era el portero de las religiosas del Carmen.

ALFONSO GARCIA TEJERO.

EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA.

FIESTAS CABALLERESCAS.

EL FAQUIN.

En los primeros años del siglo XVII, cuando se hacia notar de una manera visible la decadencia de las justas y los torneos en diferentes pueblos de Europa, y sobre todo en España é Italia, celebrábase un espectáculo que presentando las formas y el aparato de las antiguas fiestas guerreras, estaba despojado de aquel carácter de fiereza que distinguía á cuantas se practicaron en los siglos medios; alteracion debida entre otras causas al espíritu de cultura que influyó tan poderosa y ostensiblemente en el cambio y mejoramiento de las costumbres. El espectáculo de que hablamos tenia por nombre el *faquin* ó el *estafermo*, á cuya invencion seria ridiculo empeño querer señalarle una data precisa, cuando se sabe que estas cosas, de oscuros é insignificantes principios, van tomando cuerpo y vistiéndose de formas determinadas y regulares. Tal sucede con el que al presente nos ocupa, que después de introducido en España, pasó desapercibido para los autores de historias y de crónicas; y si alguna vez se ha hecho de él una ligera mencion, jamás hubo designio de historiarlo. Creemos pues que se contentarán nuestros indulgentes lectores con que les ofrezcamos una descripcion fiel de esta fiesta militar, para cuyo objeto tomaremos en cuenta y pintaremos la celebrada en Valladolid el 18 de julio de 1604, debiendo esponer como motivos para su eleccion el haber ocurrido en aquella ciudad que tocaba ya el término de su consideracion y su grandeza, el haberse celebrado por honor y en presencia de los reyes, y el no verla mencionada en historias que andan en manos de todos, debiendo nosotros el que se haya conservado su memoria á relaciones manuscritas de la época, relaciones inéditas que ofrecen copia de curiosísimos detalles, y en que domina el carácter de sencillez y verdad, que son el mejor testimonio que buscarse puede en descripciones de este género.

El principe del Piamonte, Felipe Manuel, fué quien hizo y mantuvo esta fiesta en obsequio del rey D. Felipe III y de su esposa, habiendo precedido, como costumbre corriente del tiempo, la publicacion del cartel, que se hizo en la forma siguiente: Una de las noches anteriores al espectáculo, se dispuso un régio y magnífico sarao en una sala construida al propósito en las huertas del duque de Lerma, personaje, como nadie ignora, que gozó del mas alto valimiento durante casi todo el reinado de aquel monarca. Hallábanse SS. MM. y la nobleza toda de la corte en esta sala, cuya infinidad de luces la hacia resplandecer con apacible y extraordinario adorno, cuando vióse venir por la orilla del Pisuega multitud de hachas, cuyo brillo se acrecentaba reverberando en las aguas del rio, y habiendo pasado el puente con el mayor orden y concierto, precedida de sus atabales y trompetas, entró una lucida mascarada de veinticuatro caballeros criados de los principes, con hachas blancas en las manos, y vestidos de encarnado y blanco. Detrás de la mascarada llegó con el cartel un enano muy pequeño, armado con tonelete, y los gireles del caballo de los mismos colores, y leído por orden de S. M. y fijado, dispúose que la fiesta se celebraría el domingo próximo en la plaza de palacio, sitio el mas oportuno por su razonable estension; ni muy reducido que privase al pueblo del apetecido espectáculo, ni muy holgado que pareciese desairada la fiesta, estando todo dispuesto con tal arte y traza, que de cualquier punto podian los lances verse y disfrutarse cómoda y gustosamente.

Llegados el día y hora señalados, un numeroso gentío invadió y ocupó los estensos tablados de la plaza, ocupando asimismo sus sitios convenientes los consejos, los grandes, y señores y caballeros. SS. MM. estaban en las ventanas que caían sobre la puerta principal de palacio, y la señora Infanta y las damas y meninas en otras diferentes del mismo edificio. Debajo del balcón de los reyes estaba el tablado de los embajadores, y á su mano derecha el de los jueces de la fiesta, que en esta ocasión lo fueron el duque del Infantado, del Consejo de Estado de S. M. y gentil-hombre de su Cámara, el duque de Medinaceli y el marqués de Mondéjar, y á su lado Juan Ortiz de Zárate, rey de armas de S. M., que hacia el oficio de secretario. Había detrás de los jueces un hermoso aparador con muchas fuentes que contenían piezas de plata y oro, joyas de diamantes, y perlas y rubíes de alto precio, destinadas á servir de premios á los caballeros que mas señaladas cosas hiciesen en la fiesta. La tela estaba dispuesta en la plaza, y al un cabo de ella veíase una tienda de campaña, azul, blanca y leonada, y á dos tercias de la carrera un caballo de madera sobre el que debía colocarse el *faquin*, figura de un hombre armado y con su escudo en que debían encontrar con sus lanzas en la carrera los caballeros que en la fiesta tomaban parte.

Luego que SS. MM. se dejaron ver en su ventana, sobre la cual había un dosel bordado de gran valor, el señor marqués de Camarasa, capitán de la guardia española, y el capitán Calderon con la guarda tedesca y la de archeros despejaron la plaza para que hiciese su entrada el príncipe mantenedor, lo cual pasó de esta manera.

ENTRADA DEL PRÍNCIPE DEL PIA MONTE, MANTENEDOR.

Iban delante dos maeses de campo, que eran el conde de Puñonrostro y D. Diego Pimentel, del Consejo de guerra de S. M., á cuyo cargo estuvo en este día lo tocante al campo. Seguían cuatro atabaleros con ropas rozagantes de tafetan leonado, cuajadas de flores y lazos de plata, con las cubiertas de los caballos de lo mismo. Iba luego el *faquin* armado, metido en un castillo, encima de un elefante, y tres esclavos, dos á los lados y uno delante que le guiaba, con ropas de tafetan leonado, y cadenas plateadas de la cintura á los pies, y tras ellos seis trompetas, vestidos como los atabaleros.

Seguían luego doce pajes armados á lo antiguo, con petos y morriones con sus penachos, con unos mascarones en los hombros, de donde colgaba una manga de velo de plata y leonado, y las mangas justas de vellillo de plata y blanco, botillas de cuero argentado con sus mascarones, espadas plateadas y lanzas en las manos: los gireles de los caballos de tela de plata, con flores leonadas, con unos golpes por donde salía el vellillo leonado y plata: los caballos con unas guarniciones blancas de que pendían muchas chías á lo antiguo, que casi los cubrían. Venían después seis chirimias, vestidos ellos y los caballos como los trompetas, seguidos de una hidra que vomitaba fuego por las siete bocas, montado sobre ella un Hércules con su clava, y tras la hidra un enano vestido de vellillo leonado con pasamanos de plata, con un girel de lo propio, y en la mano derecha una lanza en que iba puesto el cartel del desafío, concebido en estos términos:

(Continuará.)

GRAVEDAD.

Apolonio de Thyanes, cuyas acciones son tan célebres en el paganismo, abrazó la secta de Pitágoras, y se sujetó voluntariamente á silencio por cinco años, cuyo silencio le pareció la cosa mas dura y penosa de su vida; pero suplía el defecto de la lengua con sus acciones, sus miradas y sus gestos expresivos, en términos que aplacó una sedición. Aspendo, una de las mayores ciudades de la Pámphilia, padecía una hambre cruel por la avaricia de los ricos, que habían encerrado el trigo en sus graneros para venderlo á precio muy subido. El pueblo acometió á la casa del magistrado, el cual, temiendo el peligro, se fue á refugiarse á una estatua del emperador; pero cuando el pueblo irritado iba á quemarle vivo al pié de la estatua misma, se presentó Apolonio; llegándose al magistrado le preguntó por señas la causa del tumulto, á lo que le contestó que él no era culpado; pero que el pueblo no quería escuchar sus razones. El filósofo mudo se volvió hacia los amotinados, y con un movimiento de cabeza les pidió le escuchasen, y así lo hicieron. Entonces el magistrado, cobrando ánimo, nombró los autores de la miseria pública, los cuales se hallaban en sus casas de campo, donde tenían los almacenes. Los amotinados quisieron ir allá; pero Apolonio les dio á entender sería mejor hacer venir á los culpados. A su vista se renovaron los clamores del pueblo, y poco faltó para que este grave filósofo, movido de los lamentos de los ancianos, de las mujeres y niños, no violase la ley

que se había impuesto de no hablar, y haciendo traer sus tabletas escribió lo siguiente: «Apolonio á los monopolistas del trigo de Aspendo. La tierra es justa y madre común de todos los hombres; pero vosotros, bárbaros é inhumanos, queréis aprovecharos de sus beneficios. Si no mudáis de conducta os echaré de ella.» Los culpados atemorizados con esta amenaza, proveyeron los mercados de trigo, y cesó el hambre.

Asistiendo Catón á los juegos floreales, el pueblo tuvo vergüenza de cometer en su presencia algunas libertades comunes en estos juegos, lo que notado por este rígido censor, se retiró al instante para no turbar la alegría. Todo el concurso le aplaudió con grandes voces, y continuaron los juegos según costumbre. El contenerse un numeroso pueblo á vista de un ciudadano, es el mas glorioso y verdadero homenaje que puede rendirse á la virtud.

CABELLERA.

Clodomiro, hijo de Clodoveo, habiendo sido muerto en una batalla contra los burguñones, conocieron á este príncipe sus enemigos por su *larga cabellera*. Acostumbraban los reyes de Francia dejarse crecer el pelo desde la niñez sin cortarlo jamás, lo dividían igualmente por los dos lados hacia la frente, y lo dejaban caer por las espaldas, y esta especie de *cabellera* era tenida como una prerogativa de la familia real.

Los francos no podían llevar los *cabellos* sueltos; se los cortaban alrededor de la cabeza, conservando los de la parte mas elevada, que ataban formando un cupé, cuya punta caía sobre la frente en forma de penacho.

Los galos llevaban los *cabellos* cortos, los siervos la cabeza rapada, y los eclesiásticos para demostrar su servidumbre espiritual, se cortaban todo el pelo, dejando solo un círculo de *cabellos*.

Antiguamente se juraba por sus *cabellos* como en el día por su honor: aquel á quien se los cortaban quedaba degradado y envilecido.

A los que habían tenido parte en una misma conspiración, se les obligaba á cortárselos unos á otros.

Fredegunda cortó los *cabellos* á una dama de su yerno, y los hizo clavar á la puerta de la habitación del Príncipe, acción que á todos horrorizó.

La mayor atención que entonces se podía hacer á una persona al saludarla era *arrancarse un cabello* y presentárselo.

Clodoveo se arrancó un *cabello* y se lo presentó á S. Germier, en prueba de lo mucho que le honraba. Al instante todos los cortesanos se fueron arrancando cada uno un *cabello* y presentándoselo, con lo cual aquel virtuoso prelado se volvió á su diócesis muy contento de la atención que con él habían tenido en la corte.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

PROSPECTO.

Calla, público, y escucha,
si me quieres escuchar,
y pues tragas tanto malo,
traga esto poquito mas.

De aplausos llena mi oído,
mis bolsillos de metal,
y las puertas de la fama
ábreme de par en par.

Yo soy aquel literato
cuyo nombre anduvo ya
luciéndose en los carteles
con otros de autoridad.

Yo el que hace poco blandiendo
de Melpomene el puñal,
calcé el coturno á los pavos
con trágica dignidad.

Hoy con númen filantrópico
quiere á tu vista mostrar
las mas selectas virtudes
que adornan la sociedad.

Hijo de estudios profundos
y de luengo cavilar,
voy á darte en pocas hojas
un catecismo social.

Padres, que mirais fecundo
vuestro tálamo nupcial,
y á la virtud pretendéis
vuestros retoños guiar,—
venid, compradles mi libro;
que en sus hojas hallarán,
al destrozarlo y leerlo,
tranquilo y grato solaz.

En él va la quinta esencia
de la mas sana moral:
¿qué mejor feria en setiembre
ni aguinaldo en Navidad?

Vosotros que á la futura
generacion en agraz,
al compás de las palmetas,
empezaís á iluminar,
dejad las viejas cartillas
y los catones dejad,
sirva mi libro de testo,
y llegue á ser popular.

Así lograrán los niños
de ciencia rico caudal,
y sabrán filosofía
al saber deletrear.

Y aprenderán poco á poco
desde la primera edad
el modo mas conveniente
de crecer y prosperar.

Y fácilmente con esto
podrá saber cada cual
lo muchísimo que vale
ser elegante y audaz;

que si no tiene paciencia
debe al suicido llamar,
á balazos ó en las aguas
encontrarle del canal.

Sabrás que á fuerza de duelos
el mundo le temerá,
y que ser espadachín
es una necesidad.

Sabrás ser mozo de goznes,
sin que se olvide jamás
del gesto que está de moda
al reir y al saludar.

Sabrás si limosnas diere,
que no es el dar lo esencial,
sino el hacer que lo cante
todita la cristiandad.

Sabrás que llevar del brazo,
dar la mano y tutear,
son pruebas indispensables
de la mas pura amistad.

Sabrás que ya la modestia
solo en alabarse está,
y que todo el que la tiene
lo debe de publicar.

Y sabrán mil otras cosas
que en el testo se dirán,
y podeis ver fácilmente
si lo llegais á comprar.

Al que lo hiciere, en el acto
le pondré en lista al final;
y así que suelte el dinero
tendrá opcion á un ejemplar.

LECCION PRIMERA.

La amistad.

Cojo el papel y la pluma,
y sin saber lo que escribo
á la amistad, en romance,
empiezo á entonar un himno.

A la amistad, más no á aquella
de los tiempos primitivos,
de los Pilades y Orestes,
de los Damones y Pitios.

No á la que vió el de *Ultratumba*
á principios de este siglo
en los pechos nada cultos
de los tiznados negrillos.

No es esa, no: la presente
no hace tantos desatinos;
es mucho mas filantrópica
y de menos compromisos.

Bueno era que yo anduviese
siempre con otro juntitos,
y que si él iba al infierno
quisiera yo hacer lo mismo.

Bueno si estaba en la cárcel
que me fuese yo á su sitio,
y me pusiera en la horca
por quitar de ella al amigo.

No señor, esto no es justo,
ni prueba amor ni cariño,
si al fin uno ha de pagarla,
que la pague el que la hizo.

La amistad no nos impone
tan horribles sacrificios:
pueden hacerse favores
conservando el individuo.

Si uno se muere, paciencia;
se le regala un suspiro,
con muchos «quien lo pensará!»
y «qué lástima de chico!»

Se reparte entre los otros
la amistad que le tuvimos,
y á vivir y á divertirse,
que para eso hemos nacido.

Así de amigos el número
se aumenta hasta lo infinito,
dando tal nombre á cualquiera
á las tres veces de visto.

Que es grato llevar del brazo
cada hora uno distinto,
y dar con los cinco dedos
apretones á otros cinco.

Es grato ver á las bellas,
á manera de mordiscos,
plantarse haciendo melindres
sus fraternales besitos.

Y es grato cambiar á todos
dones, tratamientos, títulos,
á los tres ó cuatro dias,
por el *tu* franco y sencillo.

Hermosas presentaciones,
medio fácil y utilísimo
de meterse en todas partes
y de ser muy conocido:

vosotras sois de esta época
retrato al daguerreotipo,
y debiera poseeros
con privilegio esclusivo!

Sois consuelo del amante
desdichado y perseguido,
que halla recurso en vosotras
para hablar con su angelito.

¿Qué mejor prueba de afecto
que unir uno á sus amigos
con un vínculo que dura
lo que el baile en que ha nacido?—

La santa amistad es esta
del gran siglo en que vivimos!
que hace á menudo favores,
no milagros y prodigios.

Tal vez seria la misma
aquella de los antiguos,
y los poetas soñando
la calumnian en los libros.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Moratin atacó lo pedante hasta el colmo de los escritores de su época.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.